

# EL PERRO DE LORD BYRON

**“No niego nada, pero dudo de todo”**

**“Uno se miente a sí mismo más que a los otros”**

## BYRON

Lord Byron era un hombre cuya carismática personalidad probablemente desfiguró su rostro más humano, repleto de contradicciones. Conocemos la imagen del célebre poeta inglés que modela la figura de un dandi, del hombre mujeriego, genial y excéntrico, provocativo y audaz, que se atrevió a desafiar la rígida moral de su época, sin que ninguna convención social lograra poner freno a su espíritu rebelde y libre.

Sus contemporáneos lo describieron como un aristócrata de modales amables y seductores, con un matiz de afectación, que podían volverse irritables e impetuosos. Un amigo que llegó a conocerlo bien, como Thomas Moore, dijo que cuando salía de la orgullosa reserva que mantenía en los círculos de la alta sociedad, Byron se mostraba confiado, alegre y lleno de animación con aquellos a los que quería, a pesar de que *“era en rigor la criatura más melancólica que existiese”*.

*“Mis sufrimientos comenzaron a muy temprana edad; tan pronto, que muy poca gente me creería si quisiera precisar la época y los acontecimientos que los acompañaron. Probablemente, fue éste uno de los motivos de la precoz melancolía de mis pensamientos: haber tenido una experiencia prematura de la vida”*.

Como bien señaló el filósofo Bertrand Russell, se ha formado de él una imagen simplificada, en la que, como muchos otros personajes relevantes de la historia, el mito tiene más importancia que la persona real. De ese modo, resulta menos conocida la piedad que sentía por los débiles, los oprimidos y los animales.

Admirador del mundo natural, llegó a reunir una gran colección de animales, que incluía numerosos perros y caballos, un zorro, un loro, un cocodrilo, un tejón, tres gansos, una garza y una cabra con una pata rota. Este pequeño zoo personal a menudo se mantenía dentro de la casa o bien deambulaba libremente por sus propiedades.

Al visitar la mansión de Byron en Italia en 1821, Percy Shelley fue testigo de primera mano de las excentricidades de Byron, como anotó en su diario:

*“La casa de Lord B. tiene, además de los sirvientes, diez caballos, ocho enormes perros, tres monos, cinco gatos, un águila, un cuervo y un halcón; y todos, excepto los caballos, se pasean por la casa, que de vez en cuando resuena con sus peleas, como si fueran los dueños de la misma ...*

*PD: Descubro que mi relación de los animales en este palacio circense era incompleta. Acabo de encontrar en la gran escalera cinco pavos reales, dos gallinas de Guinea y una grulla egipcia”.*

Durante sus años de juventud, cuando en 1805 ingresó como estudiante en el prestigioso Trinity College de Cambridge, se encontró con que las estrictas normas de la institución indicaban que no se le permitía llevar como mascota a su querido perro Boatswain; entonces al joven Byron se le ocurrió adquirir un oso amaestrado a un circo ambulante y llevar el plantígrado a la facultad, animal que los estatutos del colegio no prohibían, y pasearse por los jardines llevándolo atado con una cadena al cuello.

Cuando Byron partió hacia Grecia en 1823, llevó consigo a su perro terranova Lyon y al bulldog Moretto, que se mantuvieron siempre a su lado durante la desastrosa aventura en Missolonghi, regresando ambos a Londres con el ataúd del poeta. También mantuvo otros perros a lo largo de su vida: el enorme terranova Thunder y el feroz mastín Nelson, animales que vagaban sueltos por los terrenos de la abadía o fuera de ella, sin importar su gran tamaño y potencial peligrosidad. Nelson tuvo que llevar bozal la mayor parte del tiempo, hasta que fue sacrificado por atacar a uno de los caballos de Byron.

Byron sentía un profundo amor por los animales, pero sin duda, su mascota más querida fue Boatswain, a quien crió desde cachorro. Boatswain (que significa contraamaestre, en inglés) era un perro terranova que le regalaron en 1803 cuando el poeta tenía 15 años, y que fue su fiel acompañante durante los siguientes cinco años.

Uno de sus juegos infantiles consistía en tirarse al agua, fingiendo ahogarse, para ser rescatado por su fiel can. Fidelidad que habría de devolver más adelante. En cierta ocasión en que realizaban un viaje en barco desde el puerto de Londres, Boatswain cayó al mar por accidente. Byron ordenó al capitán que detuviera la nave de inmediato, pero éste se negó a parar alegando que por norma el barco sólo podía detenerse si era un hombre el que caía al agua. Sin dudarle un momento, Byron se zambulló para rescatar a su perro, y desde el agua le gritó al capitán que cumpliera con el reglamento.

Boatswain era bien conocido por su coraje y bravura, capaz de pelear con casi todos los otros perros con los que se encontraba, como atestigua el collar de metal con bordes dentados que llevaba al cuello y que aún conserva muestras evidentes de tales combates en sus arañazos y estrías. Algunas fuentes aseguran que Byron apostaba en peleas de perros, y que en una de esas luchas Boatswain contrajo la rabia.

Podemos conocer como era el perro favorito de Byron, gracias al cuadro del pintor Clifton Tomson, pintado durante el verano de 1808. En dicha obra se aprecia el perfil del animal, que no corresponden estrictamente con las características naturales de un terranova, tal vez por tratarse de un cruce, pero en aquella época se llamaba así a cualquier perro “tan grande como un burro y tan peludo como un oso”. (1)

Elizabeth Pigot, amiga y vecina de Byron en Nottingham, además de realizar algunos dibujos de *“la maravillosa pareja”*, escribió sobre la estrecha relación que existía entre ellos, contando que Byron afirmaba que Boatswain *“es el mejor perro del mundo”*.

Sea como fuere, cuando Boatswain fue atacado y mordido por un perro rabioso, Byron insistió en cuidarlo personalmente, sin preocuparse por el riesgo, y lamentó profundamente la inevitable muerte del animal, como escribió a su amigo Hodgson:

*“¡Boatswain ha muerto! Expiró en un estado de locura (...) después de sufrir mucho, pero manteniendo toda la dulzura de su naturaleza hasta el final, sin intentar hacer el menor daño a nadie cerca de él”.*

Pese a los cuidados de Byron, su amado perro murió el 18 de noviembre de 1808, tras enfermar de hidrofobia (rabia), y aunque el poeta atravesaba una mala situación financiera, mandó construir un costoso monumento de mármol sobre la tumba de Boatswain en los terrenos de la Abadía de Newstead.

La tumba de Boatswain tiene tallado el poema *Epitafio a un perro* (también conocido como "Inscripción en el monumento a un perro de Terranova"), atribuido a Lord Byron. Sin duda, se trata del epitafio canino más famoso. Un poema lleno de sentimiento, en el que expresó el dolor y la añoranza que sentía por la pérdida de su fiel amigo, pues en eso se había convertido para él tan admirable animal.

No obstante, debido a que Byron escribió el poema, durante mucho tiempo se supuso que también fue el autor del epitafio en prosa propiamente dicho que aparece en la parte superior del panel de piedra. Al parecer este famoso epitafio en realidad no fue escrito por Byron sino por su amigo y condiscípulo John Cam Hobhouse (con quien había compartido la experiencia del "gran tour" en 1809, visitando primero Portugal y España, para embarcarse a continuación en una larga travesía mediterránea hacia Malta, Turquía y Grecia), como pudieron comprobar los biógrafos del poeta al hallar una carta escrita por Hobhouse en 1830 explicando que Byron eligió usar su elocuente y sentida dedicatoria.

En su testamento de 1811, Byron expresó el deseo de ser enterrado en la cripta del jardín junto a Boatswain (2), pretensión que se vería frustrada al vender la Abadía de Newstead en 1817. El nuevo propietario no deseaba que su hogar fuese el descanso final del famoso poeta, ni que se convirtiera en lugar de peregrinaje para sus afligidos admiradores.

El novelista Walter Scott escribió acerca del amor que Byron sentía por sus perros:

*“La compañía de un perro le parecía casi tan necesaria como un sombrero o un bastón. Un hombre no estaba completo sin un perro y un perro apenas estaba completo sin un hombre; Byron estuvo de acuerdo con esto”.*

**Pero, ¿quién fue este hombre singular, capaz de sentir un afecto tan grande y profundo por su perro, un ser dotado de nobles cualidades, al que llegó a situar en su estima por encima de sus congéneres humanos? Sepamos algo más sobre el poeta y aristócrata inglés Lord Byron. Tal vez conocer su vida, aunque sea a grandes rasgos, nos permita comprender de dónde procedía su apasionado amor por los animales, cuando al mismo tiempo se complacía en manifestar abiertamente su amargo desprecio por la especie humana.**

## MEMORIA DE LORD BYRON

George Gordon Byron, más conocido como Lord Byron, es una de las principales figuras del romanticismo y uno de los mayores escritores en lengua inglesa. A juzgar por las descripciones de quienes lo conocieron, poseía gran belleza y encanto, como demuestran los numerosos retratos que se guardan de él, además de ser un hombre de mundo, seductor, orgulloso, inquieto, complejo y contradictorio. Receloso y altanero en un primer trato, cuando entregaba su confianza podía resultar brillante, alguien capaz de deslumbrar con el fuego de su ingenio. Una amante despechada lo tildó de *“loco, malvado y peligroso de conocer”*. Él mismo se definió como egoísta, misántropo y *“extravagante por naturaleza”*, un melancólico amante y libertino que, tras adentrarse por *“el inmenso laberinto del pecado”* se mostraba prematuramente hastiado de la vida, aunque a menudo resulta difícil averiguar cuando decía la verdad sobre sí mismo.

*“Pienso que soy tan cambiante -todos esos personajes a la vez, pero por poco tiempo- que será difícil pintarme. Soy fiel a dos sentimientos nada más: el amor profundo a la libertad y el odio a las poses”*.

Su fama de poeta maldito y rebelde, creador de un nuevo tipo de Don Juan, que desafiaba con abierto cinismo la moral y los convencionalismos sociales, sumado a su gran atractivo físico y magnetismo personal, con una polémica vida plagada de escándalos, lo convirtieron en una celebridad casi a nivel mundial, cuya imagen de héroe romántico fascinó extraordinariamente al público de su época, de una manera que hoy en día solo podemos entender si lo comparamos con las estrellas del cine, la música o el deporte que acaparan el interés popular en todas partes.

Byron nació en Londres el 22 de enero de 1788. Para su desgracia, vino al mundo con una pequeña deformidad en uno de sus pies: era patihendido, por lo que se vio obligado a usar un zapato ortopédico durante toda su infancia. Esa es la versión más habitual, aunque ciertos autores indican que su anomalía no se debía a una malformación, sino a un tendón demasiado corto, e incluso hay quien lo achaca a un problema provocado durante el parto, una hemorragia en la superficie de determinadas zonas del cerebro, llamada enfermedad de Little o paraplejia espástica, que provoca un

andar defectuoso pese a la natural formación física de las piernas. Otros atribuyen su cojera a una debilidad en el tobillo, que cedía bajo el peso del cuerpo, por lo que sólo podía mantenerse de pie apoyándose en la punta de un pie. (3)

Ya fuera por una u otra causa, lo cierto es que Byron cojeaba, defecto que siempre trató de corregir y disimular, y por el que tuvo que soportar muchas burlas y rechazos, humillaciones que dejaron una profunda y lacerante huella en su alma infantil. No es de extrañar, pues, que dijera de sí mismo que estaba destinado a no ser feliz jamás.

*“Muchas veces regreso con la imaginación a los días de mi infancia y me asombro de la intensidad de mis sentimientos en aquel tiempo: su recuerdo permanece imborrable aun hoy día. Mi pobre madre y después mis compañeros de colegio, con sus burlas, me habían acostumbrado a considerar mi defecto como una terrible desgracia; después nunca he logrado superar este triste sentimiento. Es menester una gran bondad natural para poder vencer la amargura corrosiva que una deformidad física genera en el alma y que indispone contra todos”.*

Debido a su cojera y a su tendencia a engordar, el joven Byron trató de superarse físicamente para poder participar en los juegos escolares y lucir una figura esbelta y elegante, practicando asiduamente la esgrima y el boxeo, montando a caballo y siendo un diestro tirador, además de hacerse un consumado nadador, como demostró en reiteradas ocasiones. Durante su primer viaje a Grecia, cruzó a nado el estrecho de los Dardanelos (antiguamente llamado Helesponto, une los mares Egeo y de Mármara, entre las penínsulas de los Balcanes, en Europa, y de Anatolia, en Asia), de unos 1960 metros de ancho, para recordar de esa manera el mito de los desafortunados amantes Hero, sacerdotisa de Afrodita, y el joven Leandro, quien atravesaba a nado este brazo de mar todas las noches para encontrarse con su amada, hasta que una noche pereció durante una tormenta.

Byron fue criado por su madre *lady* Catherine Gordon, segunda esposa del capitán John Byron, un individuo turbulento, mujeriego y jugador, que había huido del país para escapar del acoso de los acreedores y del mal carácter de su propia esposa. Cuando tenía tres años, “Jack el Loco”, como apodaban a su padre, falleció en París en 1791, posiblemente por su propia mano, tras mantener a varias amantes y malgastar el patrimonio que poseía en la mesa de juego, de modo que su hijo acabó heredando de su progenitor poco más que deudas.

Su madre era una escocesa de la alta burguesía, huérfana, pero provista de una gran fortuna que atrajo al apuesto y arruinado capitán Byron, y que este se encargó de dilapidar en unos pocos meses de casados, por lo que el pequeño George vivió durante sus primeros años en una relativa pobreza. Madre e hijo se trasladaron a vivir a Escocia, donde se vieron obligados a subsistir con las pequeñas rentas anuales que percibían. (4)

Byron tuvo una infancia muy agitada y solitaria, en la que los perros le dieron la atención y el amor que ansiaba emocionalmente, y que no obtuvo de las personas que le rodeaban, en especial de su madre, una mujer excéntrica que padecía bruscos cambios de humor, que repercutían en el muchacho. Byron describiría los años que vivió con ella como una aventura de golpes y besos. Su madre le tildaba de *cojo bribón* o *pequeño diablo*, mientras él la llamaba *vieja* o *la viuda*.

*“Cuando me toma las lecciones, cae en crisis de cólera, me dirige reproches como si yo fuese el crápula más desobediente del mundo, remueve las cenizas de mi padre, lo cubre de denuestos y asegura que yo seré un verdadero Byrrone -este epíteto es el peor que puede encontrar-. En verdad, ¿es preciso que llame madre a esa mujer?”*

*“Ningún cautivo negro, ningún prisionero de guerra ha ansiado su liberación con más alegría y más transida ansiedad que yo cuando sueño con escapar de estos lazos maternos y de este lugar maldito”*

Pero su suerte habría de cambiar muy pronto. A los diez años, tras el fallecimiento en 1798 de su tío abuelo, “el malvado” Lord William, que como buen Byron tenía un carácter violento y alocado que había hecho huir a su esposa, heredó el título nobiliario de sexto barón Byron de Rochdale, junto con la imponente Abadía de Newstead, cerca de Nottingham, la cual estaba prácticamente en ruinas. Construida en sus inicios como un priorato de monjes agustinos, tras la disolución de los monasterios, pasó a convertirse en un castillo normando y luego en la casa señorial de los Byron, hasta su venta en 1818 a un rico hacendado poseedor de plantaciones en Jamaica. En la actualidad es propiedad pública del Ayuntamiento de Nottingham, y alberga un museo que contiene recuerdos de Byron.

Lord Byron vivió en la finca familiar de Newstead en varias ocasiones entre 1808 y 1814, lugar que siempre recordaría gratamente. Fue allí donde pasó los que consideraba sus mejores años, rodeado de innumerables animales, un pequeño zoológico particular, pero en especial de sus perros, que le acompañaron durante toda su vida, y algunos de los cuales nombra en sus obras, aunque ninguno tan querido como el

terranova Boatswain, que se convirtió en la sombra de su amo hasta su muerte de rabia el 18 de Noviembre de 1808.

Desde niño, los compañeros constantes de Byron fueron los libros y los perros. Sentía una gran afición por la lectura, asegurando que *“leía mientras comía, leía en la cama, leía cuando nadie leía y he leído todo lo que es posible leer desde los cinco años”*, aunque sentía una especial predilección por la poesía, que para él era *“la expresión de una pasión que se inflama”*, cuyos primeros versos empezó a escribir siendo adolescente, y que continuó componiendo mientras estudiaba en la Universidad de Cambridge, lugar que dejaría tras varios años de juergas y escasos estudios, compensados con muchas lecturas, donde haría algunos de sus mejores y más íntimos amigos.

A partir de entonces se dedicaría por entero a la literatura, aunque su primer libro de versos, *Poemas fugaces*, no fue publicado al exigir el párroco local que se destruyera debido al contenido erótico de algunas composiciones, y Byron lo arrojó al fuego. El resto de su obra conseguiría con frecuencia un clamoroso éxito, haciendo de él uno de los poetas más ricos, celebres e influyentes de todos los tiempos. Del poema *El Corsario*, se vendieron diez mil ejemplares el día de su publicación, y al cabo de un mes se habían vendido veinticinco mil, un triunfo sin precedentes. Byron era un escritor prolífico: en 1833, el editor John Murray publicó sus obras completas en 17 volúmenes.

La publicación en 1812 de los dos primeros cantos de *Las peregrinaciones de Childe Harold*, poemas que narran sus viajes por Europa, le hicieron inesperadamente famoso. *“Una mañana me desperté y me encontré con que era un hombre célebre”*. Aquel extraordinario éxito le granjeó el paso a todos los salones londinenses, donde las mujeres de la alta sociedad se disputaban los favores del que pronto sería considerado como un perverso seductor.

El 27 de febrero de 1812, tras su mayoría de edad, se presentó en la Cámara de los Lores, donde pronunció el primero de los tres discursos que hizo ante sus pares. El joven Byron fue el único miembro del Parlamento que se opuso a la aprobación de una ley que penaba con *“el más ejemplar castigo”* a las personas que destruyesen o causaran daños a los telares de las fábricas textiles, maquinaria que durante la incipiente revolución industrial estaba dejando sin trabajo y, por tanto, sin medios de subsistencia, a miles de familias de trabajadores. Los *luditas*, como se llamaba a los destructores de



maquinaria, eran condenados en el mejor de los casos al destierro en Australia, la colonia penal británica, o peor aun, eran ahorcados hasta morir.

*“Es ese populacho el que trabaja vuestros campos y os sirve en vuestras casas y entre el que reclutáis a vuestra marina y a vuestro ejército. Os ha permitido desafiar al mundo entero y puede, a su vez, desafiaros cuando la negligencia y la calamidad lo empujen a la desesperación. ¿Acaso no hay ya suficiente sangre en vuestro código penal para que haya de derramar más todavía, que brotará hasta el cielo para testificar contra vosotros? ¿Vais a erigir una horca en cada campo y colgar a los hombres como espantapájaros? ¿Vais a instaurar la ley marcial? ¿Son esos los remedios para un pueblo hambriento?”.*

*En el transcurso de mis viajes...jamás he presenciado, ni siquiera bajo el yugo tiránico de los infieles, miseria tan espantosa como la que vi al regresar a Inglaterra, en el seno de un país cristiano”.*

A raíz de su intervención, Byron escribió unos versos (*Ode to the Framers or the Frame Bill*) defendiendo un trato más justo hacia los trabajadores (muchos de ellos pertenecientes al condado de Nottinghamshire, a los que había visitado para tener una idea propia de la situación), que fueron publicados en las páginas del *Morning Chronicle* de Londres: *“Es más fácil fabricar personas que maquinaria. Y más valiosa la mercancía que una vida humana...Que los esqueletos de los tontos sean los primeros en ser rotos. Quienes, cuando se les pide un remedio, recomiendan una soga”.*

Iniciado en el sexo cuando era un niño de corta edad por su joven institutriz y enfermera, la escocesa calvinista May Gray, Byron llevó una vida amorosa libertina, atribuyéndosele numerosos amantes de ambos sexos -ya que supuestamente era bisexual-, incluida además una relación incestuosa con su hermanastra Augusta, hija del primer matrimonio de su padre. Sea esto último verdad o no, parece probado que gozó del amor de muchas mujeres a lo largo de su corta y azarosa existencia.

En enero de 1815, Byron se casó por interés con Anne Isabelle Milbanke, joven heredera perteneciente a una noble y rica familia, sin gran belleza, pero culta e inteligente, a quien ya le advirtió en la noche de bodas: *“Te arrepentirás de haberte casado con el diablo”.* Tras dar a luz en diciembre a la única hija legítima del poeta, Augusta Ada, Annabella (como era conocida por sus allegados, o *“la princesa de los paralelogramos”*, como la llamaba irónicamente su marido por la afición que tenía por las matemáticas) abandonó el hogar con la niña a comienzos de 1816, harta de las

continuas infidelidades y desavenencias de Byron, que incluían la sombra de sospecha en cuanto a los amoríos que mantenía con hombres jóvenes y hasta con su propia hermanastra, ruptura que provocó un escabroso escándalo público. No volvieron a verse jamás.

Byron dejó Inglaterra en abril de ese mismo año huyendo de la bancarrota y de un matrimonio fracasado. La sociedad londinense le había repudiado abiertamente y nunca regresó. A partir de ese momento, comenzaría una suerte de viajes que no acabarían hasta su muerte.

*“Allí tenía, en otro tiempo, una casa, unas tierras, una mujer y una niña, y un nombre; pero todas estas cosas han desaparecido o me las han arrebatado. No siento amor por aquel país después del trato que he recibido antes de abandonarlo definitivamente...”*.

Byron fue un infatigable viajero. Anteriormente había viajado durante dos años por España -todavía en lucha contra las tropas francesas de ocupación-, Portugal, Albania, Malta y Grecia, y estuvo en Turquía, donde intentó descubrir la ciudad perdida de Troya. Cuando dejó Inglaterra para no regresar jamás, deambuló de un lugar a otro, estableciendo su residencia en diferentes países de una Europa destrozada por las guerras napoleónicas, que habían terminado en 1815.

A pesar de la inmensa y desoladora miseria que reinaba en el continente, Byron viajaba a lo grande, como correspondía a un noble aristócrata, aunque abrumado constantemente por cuantiosas deudas debido a su derrochador estilo de vida. Gracias a las rentas que le proporcionaban sus títulos y posesiones, sumado a los ingresos por la venta de sus libros, verdaderos éxitos literarios de la época, era un hombre inmensamente rico. Podía permitirse viajar por sus propios medios (en un inmenso carruaje especialmente construido para él, una berlina con sus escudo de armas en la que, como Napoleón, disponía de una camilla, una biblioteca, un tocador y un servicio completo para comer), con una servidumbre de cocheros, cocineros y lacayos para asistir el largo convoy que formaba en sus desplazamientos, y también alquilar lujosas villas y palacios allá por donde pasaba, como hizo en Venecia, Pisa y Génova, provistas de jardines, terrazas y suntuosas escalinatas.

En el “año sin verano” de 1816, mientras residía en Suiza (el país europeo que padeció con más rigor aquella inusual ola de frío estival - que malogró las cosechas e hizo nevar en el ecuador, con efectos desastrosos en todo el mundo-, y donde la

hambruna forzó al gobierno a declarar la emergencia nacional), Byron pasó una temporada en la mansión Villa Diodati junto al poeta Percy Shelley (otro espíritu rebelde de ascendencia aristocrática, expulsado de Oxford y desheredado por su padre, quien, al igual que Byron, se había visto rechazado por la puritana sociedad inglesa debido a sus ideas ateas y subversivas, además de por su conducta indecorosa), que venía acompañado de su jovencísima amante de 19 años, Mary Shelley (hija de la escritora feminista Mary Wollstonecraft, que desgraciadamente murió tras el parto, y de William Godwin, el filósofo precursor del anarquismo), y la hermanastra de esta, Claire Clairmont, además de contar con la compañía de su médico y secretario personal John William Polidori, un joven de origen italiano con ambiciones literarias.

Pese a sus marcadas diferencias de temperamento y opinión, Byron y Shelley no tardaron en trabar una buena amistad, ya que les unía el amor a la poesía y la libertad y un mismo desprecio hacia la mojigata y represiva sociedad inglesa de su tiempo. Además los dos provenía del mismo ambiente de la aristocracia rural; y pese a su juventud, ambos habían llevado una existencia agitada y rebelde. De otra naturaleza serían las relaciones con *“la intelectual”* Mary Shelley, sobre todo, para alguien que afirmaba no admirar *“esa cosa temible que es una mujer de ingenio”*; sin embargo, Mary debió ver en él algo más que la pose que adoptaba de cara al mundo exterior, ya que consideraba al famoso poeta como *“un hombre encantador”*, mientras que su hermanastra Claire - *“la maldita ramera”* en palabras del poeta, de quien estaba embarazada y tendría una niña llamada Clara Allegra-, lo tildaba de ser *“un bruto espantoso”*. Durante su estancia, el grupo de amigos se dedicaba a pasear por los bosques, a montar a caballo, a navegar por el lago en su balandra, y a leer, escribir y charlar animadamente hasta la madrugada.

A orillas del lago Lemán, una tormentosa y lúgubre noche veraniega, Byron sugirió que escribieran historias de terror. Curiosamente los únicos escritos que han perdurado tras la decisión de aquella tenebrosa noche fueron los relatos ya clásicos de Mary Shelley, *Frankenstein o el moderno Prometeo*, publicado en 1818, y *El Vampiro* del “pobre Polidori”, como llamaban todos al doctor, inspirados ambos al parecer en la personalidad de Byron.

A finales de 1821, Byron creó un periódico radical con Percy Shelley llamado *El Liberal*, proyecto que se vio interrumpido en 1822, cuando Shelley pereció ahogado al naufragar en su velero Ariel durante una tempestad en el golfo italiano de Lerici. El

cadáver del poeta fue incinerado en la playa según su propia voluntad, ceremonia fúnebre a la que asistió el mismo Byron y que describió en una carta a su futuro biógrafo, el poeta irlandés Thomas Moore:

*“No tenéis idea de la tremenda impresión que me produjo la pira funeraria sobre la playa solitaria, las montañas al fondo y el mar de frente, y el aspecto singular que adoptaban las llamas con la sal y el incienso. Todo su cuerpo fue consumido por el fuego, excepto el corazón, que no quiso arder”.*

El siglo XIX, conocido como el siglo de las revoluciones, hervía en guerras de liberación, tanto sociales como nacionales, en casi todo el mundo, y Byron, que además de hombre de letras se tenía por un hombre de acción, tomó partido a favor de los pueblos oprimidos, no dudando en gastar su fortuna financiando tropas y recursos.

Llevado por sus simpatías revolucionarias, en marzo de 1823 zarpó de Londres a bordo de la goleta Hércules para luchar por la independencia de Grecia, entonces parte del Imperio Otomano, siendo recibido como un héroe por los griegos. Pero antes de que pudiera entrar en combate, el 10 de abril, como consecuencia de un enfriamiento tras cabalgar bajo la lluvia, sufrió un ataque epiléptico y enfermó gravemente. Los médicos le practicaron varias sangrías que únicamente sirvieron para debilitarlo todavía más. Estaba abocado a un fin que resultaría proféticamente fiel a sus palabras: *“Los amados de los dioses mueren jóvenes”*. Byron falleció el día 19 de abril de 1824 en Missolonghi a los 36 años de edad. Pese a su prematura muerte, bien pudo afirmar que *“pocos han vivido más que yo”*.

Goethe escribió ante la noticia de su fallecimiento: *“Descansa en paz, amigo mío; tu corazón y tu vida han sido grandes y hermosos”*.

Su cuerpo embalsamado fue depositado en un ataúd forrado de metal, al que se le practicaron una serie de agujeros para que pudiera ser preservado en alcohol dentro de una cuba de coñac. Este cargamento fúnebre se trasladó hasta Inglaterra, arribando a Londres el 5 de julio, donde su cuerpo fue expuesto durante dos días, en los que recibió la aclamación popular, aunque los nobles se resistieron a presentarle sus respetos. El 12 de julio, el cortejo fúnebre se abrió paso entre el numeroso gentío que abarrotaba pueblos y ciudades, para ir a ser enterrado junto a su madre en la cripta familiar de la pequeña iglesia de Santa María Magdalena de Hucknall, Nottinghamshire (5). Las autoridades religiosas le negaron los honores de recibir sepultura en la abadía de Westminster, impidiendo que sus restos fueran a parar al llamado Rincón de los Poetas.

*“Por su reprobable conducta y su poesía licenciosa, Lord Byron no es digno de figurar en la abadía de Westminster al lado de los grandes como Shakespeare, Chaucer y Keats”.*

Sus memorias (que le habían sido confiadas a Thomas Moore en Venecia con la prohibición expresa de hacerse públicas mientras Byron viviese) fueron quemadas en las oficinas de su editor John Murray un mes después de fallecer, y después se suprimieron los detalles acerca de su bisexualidad en los documentos que lo mencionaban, ocasionando que sus biografías posteriores ofreciesen una imagen distorsionada del personaje. Todo ello ha contribuido a crear una leyenda que, como suele ocurrir, no siempre se ajusta del todo a la realidad. Pero como bien decía Lord Byron: *“La verdad es siempre más extraña que la ficción”.*

## **BIBLIOGRAFÍA**

*-Lord Byron. El genio maldito*

Gilbert Martineau

Publicado por Javier Vergara (1987)

*-Byron*

Parker, Derek

Publicado por Salvat (1988)

*-Lord Byron's Best Friends: From Bulldogs to Boatswain and Beyond*

Geoffrey Bond

Publicado por Nick McCann Associates Ltd (2013)

*-Byron*

Núm. 18 de la colección Los Gigantes

Publicado por la Editorial Prensa Española (1972)

*-Epitafio a un perro*

Alexander Atkins

## NOTAS AL MARGEN

1.- El perro terranova debe su nombre a su procedencia de la gran isla canadiense del mismo nombre, Terranova, situada en la costa noreste de América, y que forma parte de la provincia canadiense de Terranova y Labrador. La isla fue bautizada como Terra Nova (Tierra Nueva, en latín) por el navegante genovés Giovanni Caboto en 1497, cuando exploraba aquellas tierras al servicio de la corona británica. Los “indios rojos” de la tribu beothuk eran el pueblo aborigen que la habitaba, hoy ya completamente extinguidos.

Según algunas fuentes, esta raza de animales se originó como un cruce entre los perros autóctonos americanos y los grandes canes llevados hasta allí en los barcos vikingos de Leif Erikson, que desembarcó en el continente americano sobre el año 1000, aunque esta versión no está contrastada históricamente. Otros aseguran que se trata de un perro originario de Norteamérica y que fue domesticado por los indios algonquinos y los sioux.

Los pescadores europeos que llegaron más tarde llevaban en sus barcos perros procedentes de otras zonas, y el cruce con esta variedad de nuevas razas dio como resultado la formación del actual terranova. Cuando la colonización de la isla comenzó en 1610, esta raza ya poseía en gran medida su propia constitución y comportamiento natural. Unas características esenciales que le permitieron soportar los rigores del clima en lugares inhóspitos, así como la dureza del mar, helado y con témpanos de hielo flotante durante gran parte del año, en los que debían trabajar y vivir.

El terranova originalmente fue criado para servir como perro de trabajo por los pescadores de la isla. En los barcos de pesca arrastraban las redes desde las naves hacia tierra, al tiempo que se les utilizaba como mensajeros entre navíos en alta mar,

además de ser empleados como guardianes y animales de tiro. Pero su característica más valorada es su capacidad innata para el rescate.

El terranova sobresale por su habilidad para la natación. Mientras nada, la cola le sirve de timón; las patas delanteras presentan una membrana interdigital; también posee una doble capa de pelo resistente al agua: la capa externa es moderadamente larga y de pelos lisos sin rizos; mientras que la capa interna es suave y densa.

El terranova es conocido por su enorme tamaño y su gran fuerza. En esta raza de perros gigantes, el macho puede llegar a pesar hasta 70 kilos, mientras que la hembra, más pequeña, alcanza alrededor de los 50 kilos de peso. El terranova posee un cuerpo poderoso, macizo, musculoso. Los colores predominantes son el negro, blanco y negro y castaño. Pero las cualidades que lo hacen más apreciado son su disposición valerosa, serena y fiel, que lo convierten en un compañero ideal para el hombre.

2.- *“El cuerpo de Lord Byron será inhumado en la bóveda del jardín de Newstead, sin ceremonia, sin servicio fúnebre alguno, cualquiera que fuere, sin inscripción, a no ser su nombre y su edad. El perro no debe ser sacado de la mencionada bóveda”.*

3.- En 1938, se abrió el ataúd para comprobar el estado del cadáver. Thomas Gerrad Barber, clérigo de la iglesia donde descansan los restos de Byron, aprovechó para escribir un libro titulado *Byron y donde está enterrado*, describiendo lo que vio con las siguientes palabras: *“Reverentemente, muy reverentemente, levanté la tapa, y ante mis ojos yacía el cuerpo embalsamado de Byron en perfectas condiciones como cuando fue depositado en el ataúd hace 114 años. Sus facciones y su cabello eran fácilmente reconocibles por los retratos con los cuales estaba tan familiarizado...Tenía*



*los pies y los tobillos descubiertos y pude comprobar que su cojera se localizaba en el pie derecho.”*

En cambio, el doctor Millingen, que lo asistió en su lecho de muerte en Grecia, asegura que *“el único defecto que le impedía rivalizar con el propio Apolo era la deformación congénita del pie y la pierna izquierdos. El pie estaba torcido hacia afuera, y la pierna era más delgada y corta que la otra”*.

Este misterio persiste actualmente, algo que me sorprendió cuando empecé a recopilar información para este artículo, pudiendo comprobar que, pese a los años pasados, las versiones se contradicen unas a otras, y no existe todavía unanimidad sobre algo tan real y visible, como es localizar cuál de los dos pies sufría la deformidad y definir las causas de la cojera que tanto sufrimiento le ocasionaron en vida, un aspecto físico que tuvo una indudable y determinante influencia en el carácter de Lord Byron, lo que lleva a preguntarme: ¿qué podemos saber realmente de su verdadera personalidad, cuyas cualidades y defectos son más difíciles de reconocer a simple vista, incluso para sus mismos coetáneos, no digamos ya para quien se interesa por este escritor del pasado desde la distancia de los tiempos? Su espíritu rebelde y apasionado quedó impreso en una obra que inspiró a generaciones enteras, ese es su valor y su legado. Una herencia que perdura hasta nuestros días.

4.- Entendida esta como una existencia modesta, de rentas limitadas, aunque nunca de plena miseria, como la descrita por Dickens en sus novelas de protagonistas infantiles, abocados a mendigar o trabajar para ganarse el sustento. La sociedad británica de su época, finales del siglo XVIII y principios del XIX, cuna de la incipiente revolución industrial que cambiaría la faz del mundo, era un país dividido tradicionalmente en dos clases sociales muy diferenciadas: una minoritaria, rica y poderosa, formada por la aristocracia hereditaria - como decía Lord Byron, *“las cuatro mil personas que permanecen despiertas mientras duermen los simples mortales”*, a las que él mismo pertenecía-, que gobernaba despóticamente la nación y las colonias, y

otra mayoritaria de plebeyos, pobre, trabajadora y humilde, constituida por campesinos, marinos y obreros, al borde siempre de la ruina y del hambre.

La nobleza de sangre poseía palacios y castillos en la campiña, además de lujosas mansiones en los barrios más selectos de Londres, donde vivía en un ambiente de refinada elegancia, entregada a la caza, los bailes, el juego y las fiestas, y en cuyos salones se discutía de política, filosofía y literatura, además de comentar los escándalos sociales del momento, muchos de ellos protagonizados por el poeta Lord Byron, uno de los suyos, a quien, pese a su innegable genio como escritor, disculpan primero y luego condenan.

Mientras los privilegiados de la fortuna festejaban su vida de grandes señores, como dramático trasfondo se perfilaba otro aspecto totalmente distinto de aquella época. Los pobres y los trabajadores habitaban barrios miserables, con el fantasma del hambre acosándoles siempre. Eran las primeras víctimas del encarecimiento provocado por las sucesivas guerras napoleónicas. Situación agravada por las terribles condiciones que debían soportar los que trabajan en las fábricas e industrias, incluidos los niños, que más que lugares de trabajo parecían prisiones, con abusivas jornadas laborales y cuyos magros salarios, aun siendo más elevados que en la agricultura, eran del todo insuficientes para sobrevivir. Pero el lema de la revolución industrial a la que servían en cuerpo y alma era tajante e inexorable: *“Al aumentar la miseria de muchos, se incrementa la prosperidad de unos pocos”*.

5.- Extraño final para alguien que nunca profesó creencias religiosas, asunto sobre el que se mostraba como un abierto descreído y librepensador, llegando a asegurar que *“Nada sé de religión, por lo menos nada que hable a su favor”*, cuestión sobre la que asimismo dejó escrito: *“No quiero oír hablar de inmortalidad. Ya somos bastante desdichados en esta existencia, sin la absurda especulación de otra en el más allá. Si los hombres están hechos para la vida, ¿por qué mueren? Y si mueren, ¿por qué turbar el dulce y profundo sueño que no tiene despertar? Nada hay después de la muerte, y la muerte misma es nada”*.

## EPITAFIO PARA UN PERRO

**Cerca de este lugar  
Reposan los restos de quien poseyó  
belleza sin vanidad  
fuerza sin insolencia,  
valentía sin ferocidad,  
y todas las virtudes del hombre sin sus vicios.  
Este elogio sería un halago inmerecido  
si estuviera grabado sobre cenizas humanas.  
Pero es un justo tributo a la memoria de  
BOATSWAIN, un PERRO  
nacido en Terranova en mayo de 1803  
y muerto en Newstead el 18 de noviembre de 1808.**

Cuando un orgulloso Hijo del Hombre retorna a la Tierra,  
desconocido para la Gloria pero confirmado por su Nacimiento,  
el arte del escultor agota la pompa del dolor ,  
y los féretros registran el nombre de quien yace debajo.  
Sobre la tumba se ve no quien fue sino quién debió haber sido.  
Pero cuando el pobre perro, en vida el amigo más fiel,  
el primero en dar la bienvenida, el más dispuesto en defender,  
cuyo honesto corazón es parte de su Dueño,  
que trabaja, pelea, vive, respira solo por él,  
cae sin honores, ignorando sus méritos,  
el Alma que poseyó en la tierra le es negada en el cielo.  
Mientras que el hombre, vil insecto, espera ser perdonado

y reclama para sí un Paraíso exclusivo.

Hombre, miserable inquilino de nuestro mundo,  
degradado por la esclavitud o corrompido por el poder,  
quien te conoce bien debe evitarte con desagrado,  
masa envilecida de polvo animado.

Tu amor es lujuria, tu amistad un engaño,  
tu lengua hipocresía, tu corazón falso,  
vil por naturaleza, ennoblecido solo por el nombre,  
cualquier animal puede hacerte sonrojar de vergüenza.

Tú, a quien el azar ha traído ante esta sencilla urna,  
pasa de largo ya que no se levanta en honor de nadie a quien desees llorar.

Estas piedras señalan los restos de un amigo;  
solo uno conocí y aquí yace.

## EPITAPH TO A DOG

Near this Spot  
are deposited the Remains of one  
who possessed Beauty without Vanity,  
Strength without Insolence,  
Courage without Ferocity,  
and all the virtues of Man without his Vices.  
This praise, which would be unmeaning Flattery  
if inscribed over human Ashes,  
is but a just tribute to the Memory of  
Boatswain, a Dog  
who was born in Newfoundland May 1803  
and died at Newstead Nov. 18th, 1808.

When some proud Son of Man returns to Earth,  
Unknown to Glory, but upheld by Birth,  
The sculptor's art exhausts the pomp of woe,  
And storied urns record who rests below.  
When all is done, upon the Tomb is seen,  
Not what he was, but what he should have been.  
But the poor Dog, in life the firmest friend,  
The first to welcome, foremost to defend,  
Whose honest heart is still his Masters own,  
Who labours, fights, lives, breathes for him alone,  
Unhonour'd falls, unnoticed all his worth,  
Denied in heaven the Soul he held on earth,

While man, vain insect! hopes to be forgiven,  
And claims himself a sole exclusive heaven.  
Oh man! thou feeble tenant of an hour,  
Debased by slavery, or corrupt by power,  
Who knows thee well, must quit thee with disgust,  
Degraded mass of animated dust!  
Thy love is lust, thy friendship all a cheat,  
Thy tongue hypocrisy, thy heart deceit,  
By nature vile, ennobled but by name,  
Each kindred brute might bid thee blush for shame.  
Ye, who behold perchance this simple urn,  
Pass on, it honours none you wish to mourn.  
To mark a friend's remains these stones arise;  
I never knew but one - and here he lies.